

## V

Pensóse entonces seriamente en llevar adelante el propósito de reunir el Congreso nacional, que todos los pueblos anhelaban, fatigados por la anarquía y por el absolutismo sin ley ni regla de sus juntas locales. Lozano, siempre conciliador, sin insistir en su plan departamental, se puso decididamente al frente de este movimiento patriótico, y el congreso abrió sus sesiones preparatorias, protegido por su autoridad. Fué precisamente este el momento en que la anarquía hizo crisis. Su agente principal fué Antonio Nariño, el primer propagador de los derechos del hombre en Sud América y uno de los precursores de su emancipación á la par de Miranda, á consecuencia de lo cual había sufrido largas prisiones y destierros. Restituido á la patria, considerábase como el patriarca de la revolución, y redactaba á la sazón un periódico en Bogotá, con la pasión de tribuno y el talento de escritor que siempre lo distinguió, y que el pueblo leía con avidez. Hombre de un fogoso patriotismo nativo, aunque moderado en la acción; poseído de ambición flotante, manso en cuanto á los medios, pero sin escrúpulos legales para alcanzar sus fines, era en teoría un sectario intransigente en materia de organización del gobierno, que sacrificaba lo relativo á lo absoluto. Agitador por temperamento, convirtió sus ideas abstractas y de aplicación en elementos de disociación política y guerra civil. Adversario del sistema federal, pensaba seriamente, aunque sin tomar en cuenta la opinión de los pueblos, que lo único que podía dar consistencia y vigor á la revolución, era el centralismo gubernativo. Por una contradicción, que estaba en su naturaleza y en la influencia de su teatro de acción, al mismo tiempo que se presentaba como el apóstol de la unión nacional, se constituía en campeón del localismo de la provincia de Santa Fe. La capital era el núcleo en torno del

cual pretendía organizar la república, según un plan de agregación ó de absorción y supremacía metropolitana, que repugnaba así al patriotismo como al federalismo.

Los escritos de Nariño en oposición á la política constitucional del Congreso, las rivalidades que despertaban entre Santa Fe y las demás provincias, y las noticias alarmantes que les servían de corolario pintando á la Nueva Granada al borde de un abismo por falta de un vigoroso poder central, pusieron en conmoción la ciudad de Bogotá. La plebe, entre la cual era muy popular Nariño, movida por sus parciales, pidió tumultuariamente medidas prontas y enérgicas para salvar la patria en peligro. Bajo la presión de la multitud, reuniéronse los miembros de los tres poderes, y se pronunciaron violentamente contra la administración del presidente Lozano, á quien obligaron á renunciar. Nariño fué elegido en su lugar, pero aceptó bajo condición expresa de que se suspendiesen los artículos de la constitución que le impedían obrar con la fuerza y energía necesarias. Así se hizo, y Nariño quedó constituido en dictador de Cundinamarca (19 de setiembre de 1811).

El congreso nacional continuó sus sesiones preparatorias, y al constituirse en convención con los diputados de siete provincias, dió comienzo á su tarea constituyente. Después de maduras y tranquilas discusiones, resolvió adoptar el sistema federativo, bajo la denominación de « Provincias Unidas de la Nueva Granada », tomando por tipo el acta de confederación de los Estados Unidos en 1776. La forma que se dió á esta deliberación, fué la de un pacto constitutivo de las provincias representadas sujeto á su ratificación, invitando á las demás á adherirse á él, que fué formulado por la pluma magistral de Camilo Torres (7). Los diputados de Santa Fe y

(7) Véase : « Acta de federación de las Provincias de Nueva Granada », en « Docs. para la Hist. del Libertador », t. III, pág. 344 y sig.



de Chocó, obedeciendo á las sugerencias de Nariño le negaron su aprobación, y declararon que sólo el sistema unitario podía salvar la revolución. Suscribiéronlo solamente los diputados de Antioquía, Cartagena, Neiva, Pamplona y Tunja (27 de noviembre de 1811).

El federalismo triunfaba en la discusión, y era un hecho que estaba en los instintos; pero era otro hecho la anarquía, que conspiraba á la vez contra el federalismo y el unitarismo obstando á toda organización nacional compacta. Al mismo tiempo que se celebraba el pacto federativo, la provincia de Santa Fe declaraba, que sólo entraría en la federación, reservándose las rentas que debían ser nacionales, y cuando formaran parte integrante de ella los corregimientos de Tunja, Pamplona, Socorro, Mariquita y Neiva, que eran precisamente los que con el carácter de provincias habían suscrito el acta de unión. Cartagena, que hasta entonces reconocía el consejo de regencia de España, y después de promover la reunión de un congreso disidente había concurrido al congreso, declaró su independencia absoluta de la España, y dióse una constitución republicana como estado soberano (11 de noviembre de 1811). Casanare, Tunja y Pamplona, trataron de unirse á la confederación venezolana. El Congreso, coartado en Bogotá, y luchando con las resistencias que le oponía Nariño, se vió forzado á trasladar el sitio de sus deliberaciones al pequeño pueblo de Ibagué, en la provincia de Mariquita. Allí, constituyó una sombra de gobierno parlamentario, á la manera del de los Estados Unidos en la primera época de la guerra por su independencia, pero sin autoridad real ni moral, y sin un Wáshington que diese cohesión á sus elementos dispersos.

## VI

La reacción realista en Nueva Granada, siguió el mismo movimiento que en Venezuela: desalojada del centro, se afocó en los extremos y en la parte occidental del país, para converger simultáneamente sobre el centro. Al sud de Santa Fe, se organizó militarmente en el valle del Alto Cauca, en Popayán, con los distritos de Pasto y Patía á su retaguardia y la costa de Chocó sobre su flanco por punto de apoyo, y Quito por base de operaciones, con Guayaquil como puerto en el Pacífico. Al norte, sobre el litoral marítimo del golfo de Méjico, operóse el mismo movimiento de Costa Firme en Venezuela, con las Antillas españolas por base. Mientras la plaza fuerte de Cartagena en Nueva Granada, como Puerto-Cabello en Venezuela, se pronunciaba por la revolución, Santa Marta reaccionó decididamente, y se convirtió como Coro en cuartel general de los realistas, en comunicación con Maracaibo al este de la cordillera oriental. Las provincias del istmo de Panamá, apoyadas en la plaza fuerte de Portobelo, dominaban el golfo de Darien y el bajo Cauca, en comunicación con las Antillas y la costa del Chocó. De este modo, la reacción realista, dueña de las costas del Atlántico y del Pacífico, envolvía la revolución neo-granadina, por el sud, el norte y el occidente, y Cartagena quedaba amagada por sus dos flancos sobre el Magdalena y por su frente marítimo.

Santa Marta, situada como Cartagena en las bocas del Magdalena, que al principio había formado su junta de gobierno como las demás provincias, hizo su contrarrevolución apoyada por los españoles europeos, y especialmente por los catalanes preponderantes allí (diciembre de 1810). Río Hacha siguió su ejemplo. Para sostener su actitud,



levantó un cuerpo de tropas de voluntarios españoles, y se fortificó en varios puntos sobre la margen derecha del Magdalena, interceptando el comercio de Cartagena con las provincias del interior, y extendió su línea militar desde la orilla del mar hasta Ocaña en los límites con Pamplona, en las vertientes de la cordillera oriental. Todos los realistas del virreinato, así americanos como europeos, acudieron á Santa Marta como punto de reunión, la que reforzada desde Cuba con un batallón español de línea (el Albuera) y tres buques de guerra, organizó un cuerpo de ejército de 1,500 hombres decididos, enrolando bajo su bandera las milicias del país (año de 1811). Cartagena dirigió una expedición fluvial con tropas de desembarco, á fin de apoderarse de la villa de Tenerife, situada en el punto medio de la línea enemiga. Fué completamente batida por los realistas, que echaron á pique gran parte de su escuadrilla sutil, apresando el resto (marzo de 1812).

La convención constituyente de Cartagena, para hacer frente á los peligros de la situación, nombró dictador al Dr. Manuel Rodríguez Torices, jóven de 24 años, inteligente, activo y resuelto, pero inexperto y desprovisto de prudencia. Los de Santa Marta por su parte, alentados por la victoria, tomaron la ofensiva y atravesaron el Magdalena, dominando las sabanas centrales del valle. Cartagena quedó aislada. El dictador Torices, confió el mando de las tropas de la república á un aventurero francés llamado Pedro Labatut, hombre de empresa, pero duro y codicioso. Labatut, con una pequeña flotilla de lanchas cañoneras y una columna ligera, atacó sucesivamente las posiciones realistas tomándolas por asalto con toda su artillería, y se posesionó de la navegación del bajo Magdalena (noviembre de 1812). Después de destruir las fuerzas sutiles del enemigo, salió á la mar, y ocupó sin resistencia la capital de Santa Marta, evacuada por los defensores, que se refugiaron en Portobelo (enero de 1813).

Por la parte del istmo, la reacción se había establecido sólidamente en las provincias de Veraguas y Panamá, fieles á la causa del rey, y sostenidas por Méjico y la Habana. Su situación se vigorizó con la llegada de un nuevo virrey de Nueva Granada, nombrado por la regencia de Cádiz, que fué don José Domingo Pérez, quien le trajo algunos elementos de guerra, con que auxilió á los de Santa Marta, y estableció el asiento de su gobierno en Portobelo. Las provincias neo-granadinas insurreccionadas, desconocieron su autoridad. Esto sucedía, al mismo tiempo que la revolución venezolana sucumbía, y la reacción cerraba el círculo en contorno del virreinato (principios de 1813).

## VII

Por la parte del sud la guerra se había encendido también entre patriotas y realistas, con los elementos del mismo país. Al tiempo de estallar la revolución, era gobernador de Popayán el coronel Miguel Tacón, que reunía á un carácter enérgico, bastante inteligencia y larga experiencia en la guerra. Sostenido por una parte de la opinión de la provincia y contando con la decisión de los habitantes semi-bárbaros de Pasto y Patía, se opuso decididamente al establecimiento de una junta patriótica, que los cabildos promovieron de acuerdo con la revolución de Santa Fe. El regidor Joaquín Caicedo, se puso al frente de los cabildos, formó una confederación de los pueblos del valle del alto Cauca, y reunió los diputados en el pueblo de Cali, donde se estableció la junta revolucionaria de gobierno. El gobernador mandó disolverla con tropa armada, declarándola rebelde al rey. Los confederados del valle levantaron tropas para resistirse y pidieron auxilios á Santa Fe, de donde salieron 300 hombres al mando del coronel Antonio



Baraya, con lo que se formó un ejército de 1,400 hombres, compuesto en su mayor parte de indígenas armados de lanzas. Tacón formó otro ejército de 1,500 hombres, y se situó sobre el puente del río Palacé, entre Popayán y Cali. Baraya lo atacó en sus posiciones con las tropas confederadas, y después de una obstinada pelea, lo obligó á retirarse en desorden sobre el Cauca, dejando en el campo setenta muertos y treinta prisioneros (28 de marzo de 1811). Esta fué la primera victoria de la insurrección neo-granadina. El jefe realista se replegó á Pasto con 700 hombres bien armados, donde se hizo fuerte en las gargantas que comunican á Quito con la Nueva Granada. Por este tiempo, había reventado de nuevo la revolución en Quito, de la que nos ocuparemos después, continuando por ahora con las operaciones de la guerra del sud.

Dueño Tacón de las provincias de Pasto y Patía, cuyas poblaciones sublevó en masa, abrió hostilidades sobre Quito al frente de una columna de 600 hombres. El nuevo gobierno de Quito salió á su encuentro con 800 reclutas, al mando de don Pedro Montufar, quien después de un ligero combate, se estableció en un punto fuerte, y abrió comunicaciones con Popayán para obrar en combinación con sus fuerzas. Tacón, colocado entre dos fuegos, intentó cubrir su retaguardia amagada. Las tropas patriotas de Popayán, al mando de Baraya y el regidor Caicedo, avanzaron resueltamente y dominaron á Patía. Tacón, desamparado por los suyos, emprendió con sus restos su retirada hacia la costa del Chocó, y se posesionó del distrito de Barbacoas y de la isla de Chumaco donde auxiliado desde Guayaquil, organizó una división de 200 hombres, protegida por una escuadrilla de dos goletas y una lancha con algunas embarcaciones menores. Los patriotas de Popayán desprendieron una pequeña columna al mando del capitán José Ignacio Rodríguez, quien atacó decididamente á los realistas, dirigiendo personalmente una flotilla de canoas, sostenida por su tropa emboscada en los manglares de la

playa. Tacón fué derrotado en las aguas y en la tierra, con pérdida del bergantín y de la cañonera, y avergonzado de ser batido con canoas por fuerzas menores, se retiró al Perú, donde figuró en la guerra con distinción, aunque señalándose por su crueldad con los independientes.

Mientras tanto, la división de quiteños, mandada por Pedro Montufar, atravesó el río Guáitara, atacó á los pastusos en las márgenes del río Blanco y los dispersó completamente, entrando triunfante á su capital, que encontró casi totalmente abandonada por sus habitantes. Caicedo al frente de una columna de 600 hombres de Cauca, ocupó á su vez la ciudad de Pasto. Las tropas quiteñas se retiraron á su territorio. De este modo se abrieron las comunicaciones interceptadas entre Quito y Nueva Granada, y toda la provincia de Popayán quedó sometida á la ley de la revolución.

Aprovechándose los patianos de la dispersión de las tropas patriotas, volvieron á insurreccionarse desde Popayán hasta el río Juanambú, cometiendo horribles asesinatos, estimulados por frailes fanáticos, que predicaban el incendio de las habitaciones y el degüello de los revolucionarios herejes. Al frente de un ejército de 1,500 hombres atacaron á Popayán, y aunque fueron rechazados en el primer asalto, consiguieron sitiarse la ciudad, cortando la retirada á sus defensores. Hallábase por acaso allí un joven norte-americano llamado Alejandro Macaulay, quien al observar los movimientos de los sitiadores, y que sólo estaban armados de lanzas, propuso una salida nocturna con 400 fusileros, á cuyo frente se puso él mismo. Los patianos fueron sorprendidos y derrotados, viéndose obligados á emprender la retirada en desorden (abril 27 de 1811). La junta de Popayán desprendió en su persecución una columna de 600 hombres, y para vengar los asesinatos cometidos por los patianos, hizo fusilar á un cura que cayó prisionero, hecho que provocó nuevas y sangrientas represalias.



Los patianos derrotados, se rehicieron, y marcharon aceleradamente sobre Pasto en número de 200 hombres, con un obús sin cureña. Pusieron sitio á la ciudad, defendida por 436 fusileros de la expedición de Caicedo que la había ocupado, según antes se dijo. Reforzados por los pastusos, dieron el asalto, y cada casa se convirtió en una fortaleza contra los sitiados, que se vieron obligados á capitular, quedando prisioneros. La columna de Popayán, salida en persecución de los patianos, al mando de Macaulay, marchó en auxilio de Caicedo, pero llegó cuando éste se había rendido. Empero, consiguió rescatar á los capitulados por medio de un convenio. Sabedor Macaulay, de que una expedición de Quito marchaba sobre Pasto, determinó atravesar el Guáitara para incorporarse á ella, y al efecto, emprendió una marcha nocturna. Sentido por los pastusos, fué atacado en Catambuco (12 de agosto de 1811), triunfando en el campo los de Popayán, pero quedaron impotentes para tomar la ofensiva. Al día siguiente, celebróse un convenio verbal entre los beligerantes, en virtud del cual quedaba restablecida de hecho la paz. Aprovechándose de la tregua, los pastusos sorprendieron traidoramente el campo de Macaulay, mataron como 200 hombres y tomaron como 400 prisioneros, entre ellos, Caicedo y Macaulay. La expedición de Quito, después de obtener algunos triunfos efímeros, regresó á la capital, á la sazón amagada al sud por las tropas realistas del Perú y Guayaquil. Así volvió á quedar aislada la revolución de Quito y organizada y triunfante la Vendée neo-granadina de Pasto y Patía. Volvamos ahora á Quito, de nuevo revolucionado.

## VIII

Dijimos antes, que el comisario regio Carlos Montufar, había continuado su viaje al sud en desempeño de su misión, después de sancionar con su colega Villavicencio la revolución de Bogotá. Montufar fué recibido con gran entusiasmo por el pueblo quiteño, y se hizo el árbitro de la situación. Bajo sus auspicios formóse pacíficamente una junta de gobierno, con Ruiz de Castilla por presidente, y de la que él formó parte como vocal nato, debiendo integrarla un diputado por cada cabildo (19 de setiembre de 1810). Esta transacción fué aprobada por un cabildo abierto, y acordóse al mismo tiempo continuar reconociendo al consejo de regencia, mientras funcionara en un punto de la metrópoli libre de enemigos. Sólo en la jurisdicción de la capital fué jurado el nuevo gobierno. Las provincias meridionales de Cuenca, Loja y Guayaquil, dominadas por el virrey del Perú, desconocieron su autoridad. La junta formó un ejército de 2,000 hombres para someterlas á la obediencia, y confió su mando á Montufar, que estableció su cuartel general en Ambato, cubriendo los desfiladeros de la gran cordillera del Chimborazo y del Pichincha. La primera sangre que corrió en esta guerra en perspectiva manchó la bandera revolucionaria. Uno de los oidores y el administrador de correo de Quito, acérrimos realistas, comprometidos en las mantanzas y procesos que habían exaltado al pueblo, intentaron fugar por el Amazonas. Traídos á la capital, la plebe de los suburbios, compuesta en casi su totalidad de indígenas, se amotinó, los mató á palos y arrastró sus cadáveres hasta el pretil de la casa de gobierno, pretendiendo hacer lo mismo con el presidente Ruiz de Castilla. La reacción mientras tanto se organizaba militarmente en el sud y el oeste.